La piñata de la última posada

En la calle de Valeria, las posadas empezaban el 16 de diciembre y terminaban el 24. Cada noche, una familia distinta abría su puerta. Los vecinos caminaban con velitas, cantaban para pedir posada y, al final, había ponche caliente, tamales y una piñata.

Ese año, la última posada iba a ser en casa de la abuela Chayo. Y la abuela Chayo había dicho algo que hizo saltar a Valeria de alegría:

—Este año la piñata la hacemos tú y yo.

Durante una semana entera, después de la escuela, Valeria y su abuela trabajaron en el patio. Primero inflaron un globo enorme. Luego lo cubrieron con tiras de periódico mojadas en engrudo, capa tras capa, hasta que quedó duro como una olla.

—¿Por qué lleva siete picos? —preguntó Valeria mientras hacían los conos de cartón.

—Porque así la hacía mi mamá, y su mamá antes que ella —contestó la abuela—. Es una estrella, y las estrellas se ven desde lejos. Así todo el barrio sabe dónde es la fiesta.

Pegaron los picos, los forraron de papel de china rosa, naranja y morado, y les colgaron tiras largas que bailaban con el viento. Cuando por fin la terminaron, la dejaron en el patio para que se secara.

Valeria se fue a dormir sonriendo. Faltaba solo un día.

Pero esa tarde, el cielo se puso gris. Primero cayeron unas gotas pequeñas. Después, un aguacero de los que no avisan.

Cuando Valeria salió corriendo al patio, ya era tarde. El papel de china se había despintado y chorreaba colores por el suelo. Tres picos se habían doblado. La estrella parecía una flor mojada y triste.

Valeria se sentó en el escalón y se tapó la cara con las manos.

—Ya no hay piñata —dijo bajito—. Y mañana es la última posada.

La abuela Chayo se sentó a su lado. No dijo nada durante un rato. Solo le pasó el brazo por los hombros.

—La olla sigue entera —dijo al fin, tocando la piñata con cuidado—. Lo que se estropeó fue el vestido. Y los vestidos se cambian.

—Pero no tenemos tiempo, abuela. Ni papel. Ni nada.

En ese momento sonó el timbre. Era don Ernesto, el vecino de enfrente, con un paraguas en una mano y una bolsa en la otra.

—Vi la lluvia y pensé en su piñata —dijo—. En mi casa sobró papel de china de la posada del martes.

Detrás de él venía Lupita, la niña del tercer piso, con un rollo de cinta y unas tijeras.

—Mi mamá dice que si necesitan manos, aquí hay dos.

Y detrás de Lupita llegaron los gemelos Emiliano y Mateo, que traían cartulina para hacer picos nuevos. Y la señora Rosa, que traía engrudo recién hecho «por si acaso». Y hasta el señor Tomás, que casi nunca salía de su casa, apareció con una lámpara para que vieran mejor.

Valeria los miraba sin poder creerlo.

—¿Cómo sabían?

—En esta calle —dijo la abuela Chayo, guiñándole un ojo— las noticias corren más que la lluvia.

Esa noche, el patio se llenó de risas. Los gemelos cortaban cartulina. Lupita y Valeria hacían flecos con el papel nuevo. Don Ernesto enderezaba los picos con cuidado de cirujano. La señora Rosa repartía chocolate caliente, y el señor Tomás contaba cómo eran las piñatas cuando él era niño, hechas con ollas de barro de verdad.

La piñata nueva no quedó igual que la primera. Quedó más rara: un pico era verde porque se acabó el rosa, otro tenía estrellitas de papel dorado que trajo Lupita, y el más grande llevaba los nombres de todos escritos con rotulador.

—Está un poco chueca —dijo Emiliano.

—Está perfecta —dijo Valeria.

Al día siguiente, la noche del 24, los vecinos caminaron con sus velitas por la calle. Cantaron frente a la casa de la abuela Chayo, y desde dentro les respondieron con la canción que abre la puerta. Hubo ponche de frutas, tamales y colación.

Y cuando llegó la hora de la piñata, todos se pusieron en fila. Los más pequeños primero, con los ojos tapados, mientras los demás cantaban: «Dale, dale, dale, no pierdas el tino...».

Cuando por fin la estrella se rompió y llovieron cacahuates, mandarinas y dulces, Valeria se quedó un momento quieta en medio del patio. No buscaba los dulces. Miraba las caras de todos, iluminadas por las velas.

Entonces entendió lo que su abuela había querido decirle.

La piñata no era lo importante. Lo importante era que, cuando algo se estropea, siempre hay alguien que llega con papel, con cinta o con un paraguas.

Esa noche, antes de dormir, Valeria guardó en una caja el pico con los nombres escritos. Todavía lo tiene. Y cada diciembre, cuando empiezan las posadas, lo cuelga en la ventana para que el barrio sepa que en su casa también hay una estrella.

Fin.

Preguntas de comprensión

1. ¿Qué le pasó a la piñata la tarde antes de la última posada?

2. ¿Cómo se sintió Valeria cuando vio la piñata estropeada, y qué la ayudó a sentirse mejor?

3. ¿Alguna vez te ha ayudado tu familia o tu barrio a terminar algo importante? ¿Qué pasó?